

21.^a CONFERENCIA

T E M A

Fernán-Caballero y la novela en su tiempo.

ORADOR

EL MARQUÉS DE FIGUEROA

Natural es, señores, el temor que en estos momentos domina mi ánimo: ni siquiera me atrevería á solicitar vuestra benévola atención, si por propia iniciativa hubiera de dirigiros la palabra y no por virtud de un compromiso, que, sin solicitud de mi atrevimiento hubo de aceptar mi debilidad, merced á benévolas, reiteradas instancias de nuestro digno Presidente. De otra suerte nó me perdonaría á mí mismo, ni haría cuenta de que me perdonáseis vosotros, el atrevimiento de hablaros desde este elevado sitial, en una tan solemne ocasión y sobre materia tan difícil. Mucho más, cuando no tengo vocación de crítico, ni á trabajos de crítica me he dedicado nunca. Sería parte principal á suplir esa falta de vocación y de hábito, que quizás arguye carencia de condiciones, el haber vivido en la época que es objeto de mi estudio, conociendo de cerca y siguiendo con atención su movimiento literario, pues entonces podría prestar á lo que dijese, el interés que suele tener lo que se refiere por un testigo presencial. Las dificultades que son anejas á la crítica, suben de punto cuando ésta ha de recaer sobre género de tanta impor-

tancia y de tan grande boga como la que hoy alcanza la novela. Y siento que el tener que encerrar mis conceptos en muy estrechos límites, me impida dar al estudio de Fernán-Caballero de su época y de sus obras, toda la extensión y toda la amplitud que merecen.

Mucho han variado los tiempos desde que Villemain hablaba con marcada indiferencia y frialdad de la novela; desde los días no lejanos en que nuestros preceptistas retóricos Gil de Zárate y Coll y Vehí—autores de texto aún en muchos centros de enseñanza—colocaban la novela en el número de los géneros literarios de secundario valor. No se les alcanzaba, sin duda, que la novela ofrece vastísimo campo para que muestre el genio sus inspiraciones y luzca el ingenio sus galas. A la cuenta, olvidaron que el primero de nuestros escritores probó sus portentosos talentos, escribiendo la mayor novela que han visto las edades pasadas, conocen las presentes y esperan ver las venideras. Pero á bien que no es extraño cuando tanto tiempo se ha desconocido el mérito del *Quijote*, que se desconociese asimismo el valor de la novela; á tiempos modernos estaba reservada, por lo visto, la gloria de dar al *Quijote*, en particular y en general á la literatura novelesca, toda la importancia que tienen. No peca, no, de caprichosa en este punto nuestra generación, antes al contrario es muy justa, al mostrarse tan favorable á un género literario que mejor que ningún otro refleja la belleza objetiva, la belleza de la realidad. Por esto anduvo sumamente acertado el gran Duque de Rivas cuando contestando á un discurso de entrada en la Real Academia Española, hubo de decir que la novela, á la vez que el género más comprensivo, es el género más importante de nuestros tiempos.

No ha de verse, pues, signo de la decadencia de estos en la postración en que vive el teatro, que en mayor grado que decae éste, brilla y florece la novela. Tal transformación implica adelanto y mejora; al cabo el

poeta que escribe dramas tiene que vaciar su creación en moldes más estrechos; se oponen á su facultad creadora mayores dificultades, restricciones y trabas, y esto, aunque no se impongan las tres unidades del riguroso clasicismo.

Según antes la influencia del drama extendiéndose más allá de sus propios límites, informaba á la novela y era ésta ante todo invención y todo lo sacrificaba al interés, ahora el sentido de la moderna novela, sentido de observación, estudio y análisis, se lleva á las obras dramáticas. De aquí que el teatro apenas vive sino á expensas de la novela, y arreglos de novela son muchos y muy notables dramas, que se aplauden en los principales teatros de Europa.

El procedimiento que es propio de la novela, despréndese del fin que á ella atañe; y al llegar á este punto, tengo que comenzar la para mí gratísima tarea de elogiar á Fernán-Caballero, que acertó á condensar en una frase el sistema que luego practicó. «La novela, dice, no se inventa, se observa.» Esto pasaya en autoridad de cosa juzgada, bien que por excepción algunos críticos manifiestan señalada hostilidad á ciertas obras, escritas con arreglo á ese procedimiento. Pero no es esto lo que censuran, sino los asuntos feos que de caso pensado se escogen, la sistemática pintura de la naturaleza humana en sus caídas, el constante olvido, que implica negación del libre albedrío, de la más alta, principal y hermosa facultad que tenemos los hombres. Quiero insistir, señores, en señalar la diferencia que existe entre el asunto de una obra y el procedimiento de la misma; entréguese el artista á forjar inventos ó aténgase á observación exacta y minuciosa, puede haber, independientemente del procedimiento que haya seguido, inmoralidad de asunto; pero á la inmoralidad propia de este, únese en las obras del ciclo romántico otra inmoralidad que principalmente se origina en

el falseamiento de las ideas y en la falsificación de los sentimientos, cosas aquella y esta á que es muy ocasionado un procedimiento de invención. Díganlo si no los torpes espiritualismos, las sensiblerías malsanas, las redenciones por el amor y las apologías del suicidio, en que fueron tan fecundas esas novelas. Cuando predomina el elemento imaginativo en la creación artística, llevan en sí las obras un vicio de origen, resultado quizás de la imperfección humana, pues tales como somos, si damos rienda suelta á la imaginación, caemos en extremos deplorables. Así que nos debemos atener como á cosa más sencilla, pero más segura, á la observación de la realidad en que el poeta descubrirá los elementos artísticos, que ha de combinar después, con arreglo á cánones de belleza.

Justo es encarecer la importancia de la facultad de selección principal del artista, y claro está que merecerá este censura, que no habré yo de escatimarle, si hace de las realidades feas de la vida, asunto exclusivo de sus creaciones. Por lo demás, fuerza es convenir en que los que censuran determinadas obras por sus asperezas de asunto y los que á pesar de estas, y por otros méritos las elogian, están acordes en el fondo, puestó que unos y otros dejan á salvo el procedimiento. Creo, pues, poder repetir aquí con el asentimiento de unos y otros lo que Fernán-Caballero dijo, lo que por entonces D. Eugenio de Ochoa confirmó, lo que hoy algún crítico niega y algunos confiesan de mala gana, es á saber, que la novela no debe inventarse sino observarse; y tal es, señores, el cánón del realismo. Que hoy se afirme lo que queda dicho por la mayor y mejor parte de nuestros escritores, nada tiene de extraño; que Fernán-Caballero lo dijese cuando tan corrompido andaba el gusto del público y tan estragado el arte de novelar, cosa es que, por sí sola, basta para acreditar sus talentos. Aunque fuera, que no es, escasísimo el valor intrínseco de sus obras

por el solo hecho de haberse librado del contagio y haber marcado á la novela su verdadera dirección, Fernán-Caballero merecería aplauso sincero y caluroso. Por desgracia, no se le concedió aquí tan grande como se debía, antes bien nos excedieron en decir sus alabanzas escritores extranjeros. Así Antonio de Latour, secretario de los duques de Montpensier, y muy amante de las cosas de España, la encomió justísimamente en varios escritos que publicó la *Revue Britanique* y que con otros aparecieron en colección más tarde, y Carlos Mazade, en muy notable estudio que salió á luz en la *Revue des Deux Mondes*; y Amicis en sus poco exactos viajes por España, y el conde Baunneau Avenant, en curiosa y detallada biografía.

Es verdad que nuestros periódicos de entonces, *El Herald* muy principalmente, dedicaron en varias ocasiones juicios de caluroso elogio á Fernán-Caballero: es cierto que nuestros literatos más principales y distinguidos escribieron prólogos para sus novelas, prólogos de compromiso que se distinguen en su mayor parte por su caracter incondicionalmente apologético; pero literato ninguno hizo la seria y grave crítica, el estudio ámplio y comprensivo, que merecía tan notable novelista.

Dato que hay que tener muy en cuenta para apreciar el singular mérito de la escritora andaluza, es el mal gusto que era por entonces común así á los autores como á los lectores de novelas.

Estos últimos daban sus preferencias á las obras en que se referían aventuras de bandidos, del corte y traza de *José Marta*, *Candelas* y *Los siete niños de Ecija*; novelas que en forma de entregas se deslizaban en las casas por los resquicios de las puertas, para dar tortura á los nervios y llenar de espantos las imaginaciones de las gentes vulgares. Eran en cambio las que solía divulgar el periódico novelas muy perfumadas, bien que

exentas de todo literario perfume, muy pródigas en cursis amorfos y no menos cursis sensiblerías y ternezas, estilo Vizconde D'Harlincourt. También daba acogida el periódico en sus folletines, á novelas, por caso general traducidas, de propaganda humanitaria y socialista, á la manera de aquel famoso *Judio Errante* que alcanzó en su país y en el nuestro, popularidad aún mayor que las mismas producciones de Dumas y de Víctor Hugo.

Pinta D. Modesto Lafuente con suma gracia, el singular pugilato en que andaban por entonces los periódicos, sobre quién había de prohijar y difundir más pronto las novelas francesas, y más detenidamente refiere el ruidoso pleito á que dió lugar la traducción de *Martín el Expósito*, entre *El Heraldó*, *El Español*, *El Popular* y *El Fandango*. Y entre tal ruido barullo, y desorden, oye *Fray Gerundio* la voz de la literatura nacional que vanamente se querella de la postración y el abandono en que vive y pone estas palabras en boca de nuestra prostergada literatura: «Mientras todos los periódicos españoles, todos sin distinción de uno solo, se disputan y pelean sobre quién ha de difundir más pronto la novela francesa por todos los ángulos y rincones de la España: «¿Puedo yo esperar salir nunca de este pobre rincón en que estoy metida?» Si viviese D. Modesto Lafuente se congratularía á buen seguro del actual estado de renacimiento de la novela que entonces no era fácil augurar. En todas las épocas, las aficiones de los escritores y del público coinciden y se influyen mutuamente y mutuamente se modifican. Por eso, hoy que tenemos buenos novelistas, el público exige que las producciones, que ha de escoger para su regalo, sean frutos de bien sazonado ingenio y bella forma literaria. Esto revela un gran adelanto con respecto á lo que ocurría en los tiempos que tan de mano maestra pinta el Sr. D. Modesto Lafuente.

Y cuéntese, que esa transformación se ha hecho en

muy poco tiempo, pues hace diez y ocho años nada había de notable, excepción hecha de los que califica Ortega Munilla de primorosos ensayos de costumbres de Fernán-Caballero, que «fueron, según frase suya, como un ramo de jazmines que floreció por acaso en el desierto de aquella literatura árida y fría.»

No móviles de pura delectación artística, fines bastardos extraños á la belleza, ó no bien hallados con ella, eran los que entonces guiaban á quienes ponían en la lectura una curiosidad insaciable, voraz y malsana.

En esto hemos progresado grandemente y hoy ya son muchos los que buscan en la lectura la emoción que produce el arte y no el mero deseo de conocer la trama por la trama misma. Cuando sucedía esto, no es de extrañar que los hombres de ciencia dedicados á estudios y trabajos importantes, tuviesen la novela como cosa de menor cuantía y la lectura de novelas como tarea de todo punto impropia de personas serias, solo conducente á perder el tiempo. Ni es tampoco de extrañar, dado el género de argumentos, que quienes miraban la cuestión desde un punto de vista moral, afirmasen que el leer novelas conducía, no solo á perder el tiempo, sino también á perder el alma; por lo cual era muy común que los honrados padres de familia mirasen las novelas como género de contrabando. De todas estas prevenciones, que contra las novelas en general existían en aquella sociedad, prevenciones que debían aplicarse únicamente á las novelas malas, se hizo eco uno de los prologuistas de Fernán-Caballero, académico de la lengua, literato muy distinguido, el cual dice, en ese prólogo á que aludo, que cortando por lo sano, renuncia á leer novelas porque se escriben muchas malas: razón en que podía fundarse para renunciar á todo género de lectura, porque más son en número las obras malas que las buenas que se escriben.

Escritores distinguidos dieron sus preferencias á la novela histórica, importación del romanticismo ultrapirenaico; así Fernández y González, Enrique Gil, Navarro Villoslada, Cánovas y Vicetto. De propósito he citado el primero á D. Manuel Fernández y González, de quien con gusto hablaría por extenso, pero no ha llegado todavía la hora de juzgarle: vive aún para contento de los que en esta misma casa tenemos el gusto de oír su conversación, graciosa, oportuna y chispeante. He de deplorar, con todo, que fuese escritor tan fecundo: mucho ha dañado á su producción artística esa misma fecundidad, que es por otra parte prueba innegable de sus aptitudes.

Entre las novelas históricas ninguna hay tan acabada y perfecta como *El señor de Membibre*, de Enrique Gil, y eso, aunque en este autor no haya de reconocerse el talento artístico, la brillante imaginación, la destreza en la disposición de la trama, propias del Sr. Fernández y González. No es caso raro que un escritor de inferiores talentos haga una más perfecta obra. De la propia suerte en Francia, por muchos imitadores de Balzac, se han compuesto novelas de más acabado conjunto que las de aquel maestro insigne, que no tiene superior entre los novelistas de nuestra época.

Y entre estos novelistas históricos, merece mención especial el Sr. Navarro Villoslada, que reveló en *Doña Blanca de Navarra*, en *Doña Urraca de Castilla*, y mucho más tarde,—ya fuera de sazón cuando había pasado de moda la afición á ese género—en *Amaya ó los vascos en el siglo VIII*, dotes de narrador elegante y escritor fácil y castizo. Cuando las novelas históricas y las humanitarias del Sr. Pérez Escrich se repartían la atención del público, una mujer,—que por alguien se creyó si sería la infanta María Luisa Fernanda (Latour)—acordándose del nombre de un lugar de la Mancha llamado Fernán-Caballero, y adoptándolo por pseudóni-

mo, comenzó á escribir una série de narraciones andaluzas, muy bien observadas y sentidas, que la han colocado en preeminente lugar entre los escritores de nuestro tiempo. Así ha podido decir con mucha razón la autora de *La Cuestión Palpitante*, que sin duda alguna «es más real, más sincera y sencilla inspiración la de Fernán-Caballero, pintando la gente que alentaba á su alrededor, asistentes, bandidos, gaviotas, curas, pastores, labriegos y toreros, que la de casi todas las novelas de pendón y caldera, capa y espada, ó cimitarra y turbante que se estilaban entonces.»

Frente á la novela histórica, debo reivindicar la primacía para la novela de costumbres; y la razón de esto encuéntrase en el fin propio de la novela que antes señalaba. Si todo arte decae cuando olvida la imitación de la naturaleza, según observa Taine en sus hermosas lecciones, la novela decae asimismo cuando no pinta imitando. El novelador de pasadas edades, entrégase, mal que le pese, á inventar cosas que no existieron; si por acaso, en vez de inventar investiga y estudia, abandona el terreno del arte para entrar en el de la crítica histórica; y ya no os ofrecerá la realidad observada, como ahora se dice, á través de un temperamento de artista que siente lo que vé y sabe hacerlo sentir, no; se os ofrecerá una realidad incompleta, por punto general fría é incolora, vista á través de historias y de crónicas, producto de vigiliias y trabajos. Más valía, pongo por ejemplo, que Flaubert, en vez de perder salud y tiempo con los inmensos trabajos de reconstrucción histórica que precedieron á la publicación de *Salambó*, hubiese escrito muchas novelas en que se descubriese por manera fiel y exacta la vida de su tiempo. Reconstruir edades muertas, es labor propia del hombre de ciencia; pintar cosas vivas, acertar á sentirlas y expresarlas, es trabajo de artista. En el género de novelas á que vengo aludiendo, forzoso es que sufra detrimento la verdad



histórica ó la belleza literaria; de aquí la inferioridad de estas novelas que no obstante juzga superiores á las de costumbres, el Sr. Cánovas del Castillo. De opinión contraria es Fernán-Caballero; baste recordar que en la segunda parte de *La Gaviota*, un personaje, intérprete de los pensamientos de su autora, dice, hablando de la novela de costumbres, que ésta es la novela por excelencia, la novela útil y agradable Cada nación, añade, debería escribir las suyas; escritas con exactitud y con verdadero espíritu de observación, ayudarían mucho para el estudio de la humanidad, para el conocimiento de las edades y de las épocas.» Claro está que se trata de una indirecta, pues ayuda prestar esta no puede ser el fin propio del arte.

Los hermanos Goncourt han dicho en época posterior cosa muy parecida, á la que pone Fernán-Caballero en boca del personaje de su novela. Y recordaré también, para que se comprenda bien el sentir propio de Fernán-Caballero, lo que escribe al terminar su novela *Las Dos Gracias ó la Espiación*. «Por cierto, que el desenlace de nuestros amores no ha sido ni novelesco ni sentimental, y lo rechazaría por prosáico la novela cuya atribución es crear; pero lo admitiría desde luego el cuadro ó novela de costumbres cuyo objeto es pintar las cosas como realmente son.» Esto mismo acredita, demostrando que es idea muy firmemente arraigada en su ánimo, en la carta á un lector de las Batuecas que figura al frente de Clemencia; allí dice, muy de acuerdo con los deseos del Batueco, que el *solo y único* movíl que lo hizo tomar la pluma fué el escribir «en lisa prosa castellana lo que realmente sucede en *nuestros* pueblos, lo que piensan y hacen *nuestros* paisanos en las diferentes clases de *nuestra* sociedad.» Después de todo, el pensar así, amén de exacto, es en España tradicional y castizo: como que Fernán-Caballero vino á reanudar la gloriosa tradición española rota en la *Zayas Sotomayor*.

Y permitidme que, siquiera sea de pasada, llame vuestra atención sobre las condiciones que revela la mujer para el cultivo de este género literario, condiciones que, amén de las citadas, han acreditado otras muchas que no hace al caso enumerar, en literaturas extranjeras y que hoy en la nuestra acredita otra mujer que ya he citado antes y que no he de mentar ahora, pues con solo evocar su recuerdo doy lugar á que penseis mayores elogios de los que yo pudiera decir.

La primera novela que publicó Fernán-Caballero fué *La Gaviota*, notable sobre todo por el tipo de la protagonista. Esta mujer, muy de su tierra, siente frío en el alma y es desdeñosa, pero tiene calor en la sangre y es ardiente: de sus labios salen palabras de indiferencia y voluptuosidad, pero no de cariño. Si no atrae por sus prendas morales, subyuga por sus perfecciones físicas; su voz de sirena, hechiza, encanta y enamora, cuando entona apasionadas canciones en que pone el calor de los sentidos, al mismo tiempo que se encienden sus ojos con las llamaradas de la pasión. Se enamora perdidamente de esta mujer. un alemán tan bueno y honrado como sencillo á quien traslada la autora desde su país á nuestras provincias del Norte y lleva después de varias peripecias á Andalucía, para sufrir allí la mayor de todas, ó sea casarse con mujer de las condiciones de Marisalada; sin que baste á desengañarle, el que ella misma en su desenvuelto lenguaje, le diga que sienta mal un novio con canas, porque muy pronto para consolarle ha de añadir, que sienta muy bien un marido con ellas. El tipo de Stein es bastante endeble: habrá quien sostenga lo contrario: ya sé que son muchos, por desgracia, los que opinan que los mejores tipos de una novela, son los que dan en la novela misma mayores muestras de perfección y de honradez. Los cuales, si fueran inclinados á filosofías, podrían recordar la de aquellos que por darse unidos como atributos de la di-

vinidad, verdad, bondad y belleza, que corresponden en lo humano á distintos órdenes, quieren que en la obra artística, amen de belleza, haya tésis y lección moral, que sea trascendental y docente. En esta opinión abundaba á la cuenta el Sr. D. Eugenio de Ochoa, prologuista de *La Gaviota*, que censuró por inmorales las páginas en que se describen los amores de esta hechicera mujer con el garboso torero Pepe Vera. La historia de *La Gaviota* está llevada hasta su desenlace con lógica aprendida en la realidad. El torero que sale á la plaza con graciosa monterilla y curro traje de vivos y variados colores, el valiente mozo, moreno, de arrogante traza, que burla los toros con su rojo capote y sabe matarlos á la primera, desde luego fascina y rinde á Marisalada. Todo cae del lado á que se inclina, y Marisalada cae con el torero Pepe Vera. Estábale reservado á Stein el triste destino de sorprender á su mujer con el torero, en plena juerga dirigiéndose ambos en amorosas canciones, requiebros y piropos, que corea el animado concurso con jipíos, olés y palmadas. No hace sino perfectamente Fernán-Caballero al señalar las desastrosas consecuencias de un matrimonio por todo desproporcionado, incluso por la edad; más grave sería que Fernán falsease sentimientos del alma y falsificase realidades de la vida, para vaciar su creación en el molde estrecho de un artificial convencionalismo. A lo sumo, pudo distinguir D. Eugenio de Ochoa entre inmoral y grosero, aunque este calificativo tampoco cuadre á los amores de *La Gaviota*, que ni incitan al vicio, en cuyo caso serían inmorales, ni pugnan, que entonces serían groseros, con la buena educación y el buen gusto. En efecto, nunca traspasó Fernán aquella variable línea que señala el pudor al artista y que este debe siempre respetar. Harto más recatado es después de todo Fernán, aún en las descripciones á que alude Ochoa, que los novelistas clásicos del siglo de oro.

No por licencias de acción y de lenguaje pecó Fernán-Caballero; antes al contrario, merece más bien censura por aquel empeño que ponía en que encerrasen sus novelas demostraciones morales. No quiere esto decir que yo pretenda que quien escribe novelas haya de declararse independiente de la moral, no; lo que hay en esto es que el artista debe atenerse á las máximas de la moral, de la propia suerte que quien escribe un libro, aunque no se proponga hacer demostraciones sintáxicas, tiene que atenerse á las reglas de la sintáxis. Por lo demás, fuerza es reconocer que el fin del arte es la belleza, como el de la ciencia la verdad y el de la moral el bien. La obra de arte realizando belleza, alecciona de indirecta manera el espíritu, arranca la inteligencia de las tinieblas del error, levanta el corazón de los fangos del vicio y ennoblece y dignifica al mismo tiempo que deleita. Los que sostienen que la obra de arte debe encerrar demostraciones, podían recordar que, como ha observado muy bien D. Manuel de Revilla, el hecho concreto nada prueba, y el hecho concreto es el único que puede presentarse en las obras de arte: la generalización no cabe en éstas, y sin generalización no hay demostración posible.

La Gaviota, á pesar del parecer de D. Eugenio de Ochoa, es una novela moral, y por añadidura una novela bellísima, que alrededor del tipo de la protagonista, se agrupan otros también muy notables; por ejemplo, el bárbaro Momo, que vive en constante pugna con Marisalada; Manuel, el relator de cuentos al amor de la lumbre; su caritativa madre; el hermano Gabriel, que tiene por única misión poner el visto bueno á cuanto diga ésta; el hijo del ratoncillo Pérez, gran tañedor de guitarra; el comandante retirado y la hija del sacristán que vive con él, por lo cual les llaman siempre Rosa Mística y Turrís Davídica.

Se ha dicho, que al trazar el tipo de Stein rindió Fer-

nán un recuerdo de cariño á su patria de origen; quizás esto es parte á que se note en aquella bondadosa y simpática figura la vaguedad del recuerdo. También se ha supuesto, y es posible que ni siquiera pasase tal idea por la mente de la autora, que en Stein y *La Gaviota* buscó la personificación de dos razas; solo que escogió en la del Norte un hombre culto, y puso á su lado simbolizando el Mediodía una mujer sensual, tal vez para que el parangón resultase más perfecto, pero sin que esto significase desventajoso concepto de las mujeres meridionales. Los tipos bien estudiados y sentidos de mujeres escasean mucho en las novelas españolas, y esto hace que suba de punto el mérito de la escritora que creó un tipo de tan grande belleza artística como *La Gaviota*.

Novela más acabada, superior como conjunto, es *La familia de Alvareda*. No hay en ésta figuras desdibujadas y vagas como la del Duque de Almansa, y poco consistentes como la de Stein; están, al contrario, todos sus personajes muy bien tomados del natural y presentados con calor, con vida y con relieve. Varios escritores, entre otros Carlos Mazade y Antonio de Latour, á semejanza de D. Eugenio de Ochoa, han comparado á Fernán-Caballero con Walter Scott. Tengo por poco exacta la comparación; amén de las diferencias del país en que colocan sus escenas, nótanse aquellas otras diferencias que distinguen un novelista histórico de un costumbrista. Con todo, si alguna novela permite que esa comparación se haga, debe ser *La familia de Alvareda*, principalmente, por aquella segunda parte en que se destaca la romancesca figura del bandido Diego, que con su energía domina y arrastra la débil y vacilante voluntad del infortunado Perico. Los robos, los asaltos, las varias tramoyas de la compañía de bandoleros, están admirablemente estudiados y pintadas con valentía. Carlos Mazade reproduce en su estudio la des-

cripción del robo sacrilego de una iglesia, página de las más bellas que ha escrito la pluma de Fernán-Caballero, impregnada de un vago terror que impresiona el ánimo hondamente. Despierta singular interés desde su comienzo, la narración de las desventuras de la familia de Perico, que vivía completamente feliz, entregados los hombres á los trabajos del campo, las mujeres al de la casa, y descansando todos en la hora de la siesta en el espacioso patio, en cuyo centro se alzaba robusto y hermoso naranjo. Y permítmeme que os lea, pues con eso oís á Fernán y no á mí, la prosa fácil y abundante en que dice cómo «las mujeres de esta familia hacían de las hojas del naranjo cocimientos tónicos para el estómago y calmantes para los nervios. Las muchachas se adornaban con sus flores, y hacían de ellas dulce. Los chiquillos regalaban su paladar y refrescaban su sangre con sus frutos. Los pájaros tenían entre sus hojas un cuartel general, y les cantaban mil alegres canciones, mientras que sus dueños, que habían crecido á su sombra, le regaban en verano sin descanso, y en invierno le quitaban las ramitas secas como se arrancan las canas á la cabeza querida de un padre que no se quisiera jamás ver envejecer.» Al árbol aquél va unida la dicha de una familia; cuando carezca de sus cuidados se secará el árbol, como si su existencia estuviese ligada á la de sus solícitos dueños. En ésta, como en varias otras novelas de Fernán-Caballero, está el mérito principal en la fiel y exacta pintura del pueblo, que siente, piensa y habla en sus libros, según siente, piensa y habla en la realidad.

Por esto último hubo de censurarla D. Luis Eguilaz, que no cayó en la cuenta de lo ventajosa que sería la fundición del lenguaje popular y del lenguaje literario, según muy acertadamente observa Galdós en el prólogo de *El Sabor de la Tierruca*. La fusión á que alude

Galdós, es cosa importantísima para el autor de novelas que haya de conseguir éxito duradero produciendo en los ánimos impresión de realidad. Así debió entenderlo, puesto que procuró practicarlo, Fernán-Caballero, y así lo acreditan no solo sus novelas, sino también los cuadros de costumbres, las interesantes narraciones como *Lucas García* y *Simon Verde*. Son estas dos las mejores muestras que en este género nos legó Fernán. Es el hermoso tipo de Lucas García encarnación viva y humana de un ideal frecuente en nuestro pueblo, el sentimiento inflexible del honor. Estos ideales, verdaderas realidades de la vida, son los que importa llevar á las novelas.

Hállase en *Simon Verde* exacta descripción de las intrigas locales y es el protagonista un hombre buenazo y maniroto, que á trueque de hacer bien al prójimo no vacila en hacerse mal á sí mismo. Contrasta con el espíritu intrigante del mal alcalde, que es, después de todo, un alcalde como muchos otros, el sencillo y honrado de su hijo, que enamorado de Agueda, la hija del perseguido de su padre va á hurtadillas de este á cantar delante de la que es dueña de su voluntad y señora de sus pensamientos:

Morena tiene de ser
La tierra para claveles
Y la mujer para el hombre
Morenita, y con desdenes.

Fernán-Caballero usa las mismas expresiones del pueblo, sus propias frases; sus diálogos populares son naturales sin caer en la vulgaridad y sabe sazonar la plática «*sin hacerla desmayada y baja*» con oportunos adagios y refranes. Que conocía muchos de estos, lo demuestra la obra que dejó inédita y que después de su muerte publicó el presbítero Sr. Morgado. Como se ve Fernán-Caballero ateniéndose á sus preceptos no inventa sino observa: sabe recoger de lábios del pueblo

cuentos graciosos y lindos cantares. Defendiéndola el Sr. Polo y Peyrolón de la nota de inventora, hace notar la semejanza que existe entre *Los Mayos* y *El Retrato*, romances ambos en que el galán describe las facciones de su amada puntualizando todos sus hechizos y bellezas.

Tiene tu cabeza
 Hermoso peinado
 Con hebras de oro
 Lo tienes formado, etc.

Ya que he hablado de los cuadros de costumbres, entre los cuales merecen especial mención *Más vale honor que honores* y *Un servilón y un liberalito*, paréceme este momento el más oportuno para decir breves palabras sobre los costumbristas Mesonero, Larra, Trueba, Estébanez y Flores. En Trueba, y por esto le cito el primero, se notan analogías y afinidades con Fernán por ideas y tendencias. Ya hubo de afirmar esto, que muchas veces se ha repetido después, Luis Eguiláz que califica de gemelos los talentos de Fernán y de Trueba. Peca este por caso general de optimista, y es su optimismo mucho mayor que el de Fernán. Hay en sus cuadros animación y movimiento, pero son incoloros ó de color de rosa; no tienen color de realidad. En el mundo que ha pintado Trueba, se nota sobra de convencionalismo y falta de espontaneidad. Es Fernán-Caballero escritor más verdadero y más humano. Nuestras provincias del Norte habían de tener, andando el tiempo, representación más ilustre y gloriosa entre otros, en un escritor á quien ya muy notable crítico considera sucesor, pero sucesor corregido y perfeccionado, de la novelista andaluza.

Brilló Mesonero Romanos como estilista; aventaja en la forma á Fernán Caballero, pero es aunque correcto, frío, seco, puramente exterior; describe eso sí, primorosamente el pueblo en sus famosas y populares *Es-*

cenar Matritenses, pero no profundiza, no penetra en las entrañas de ese mismo pueblo para revelarnos su manera de pensar y sentir. En este concepto hay que proclamar la superioridad de Fernán-Caballero, á bien que no puede en cambio negarse la inferioridad de su estilo. De la nota de escritora incorrecta defiende benévola-mente á Fernán, D. Joaquín Francisco Pacheco. «¿Qué importa, dice, que peque contra el diccionario de la Academia, usando tal cual palabra que no sea de la mejor ley para los doctores de nuestro idioma castellano? ¿Por ventura puede escapar al contagio que más ó menos nos ha alcanzado á todos ó se han de libertar su dicción y su lenguaje de lo que trae consigo la desafortada volubilidad de nuestro tiempo? Si en lo general son fáciles, claros, castizos, si describen con admirable exactitud, si expresan los afectos con poética sencillez, si son á veces sublimes por esa simplicidad misma, ¿qué importa un lunar ó una leve mancha en esa corriente de naturales y ordinarias perfecciones? Fernán-Caballero no tiene presunciones académicas, y eso no obstante, no sé yo si hay en la Academia muchos escritores que pudiesen, no ya concebir, ordenar, pensar, sino contar siquiera una novela del modo que él la cuenta y con la gracia que él la escribe.»

Además de una novela histórica y de los tan notables escritos críticos, trazó Larra varios cuadros de costumbres que avalora el estilo caústico, nervioso, intencionado. Permitidme que haga objeto de recordación especial aquel castellano viejo, que no creo llegue á considerarse viejo nunca entre los aficionados al género. Y antes de terminar este rápido recuento, debo citar al autor de *Ayer, hoy y mañana*, al benévolo Flores, autor de medianas dotes, que supo aprovechar, trasladando á sus libros, cuadros cuidadosamente estudiados en la realidad; y á EstébanezCalderón de curioso temperamento de colorista,—no quizás desarrollado según lo que permitía

su aptitud,—y de galana y estudiada frase, autor de quien recientemente se ha dicho por quien mucho vale, más tal vez de lo que merece. Son estos costumbristas á modo de valientes guerrilleros, que explorando nuevas tierras con acertada dirección, abren paso al lucido ejército de novelistas que ha de seguirles. Muy pronto enriquecerán las letras patrias con sus celebradas producciones Alarcón y Valera, y llegarán después, con no menores bríos, los novelistas que hoy se leen, se comentan y se aplauden.

Entre todos los citados costumbristas destaca su simpática personalidad Fernán-Caballero. Pudieron aquellos hacer cuadros que guardan las debidas proporciones y son de acabada hechura. Fernán-Caballero hizo mucho más, puesto que escribió novelas en que se refleja exactamente el estado de una época. Y eso que en su tiempo, aún no estaba de moda penetrar en honduras, desentrañar el sentido de las cosas, entrar en análisis minuciosos ó nimios, presentar aislada y tal como ella es la realidad objetiva, precisando la influencia del medio social, con independencia entera de las impresiones personales ó subjetivas del autor de la obra. No habían aparecido aún en Francia, y por consiguiente no se habían podido traducir, todas estas ideas, que han traído ventajas positivas, á vuelta de exageraciones inevitables.

Autor muy personal Fernán-Caballero, á cada momento muestra sus sentimientos y sus ideas en consideraciones con que interrumpe la narración: pero es más, en esta suele referir hechos tomados de su propia existencia. Por tal modo en la vida de Cecilia Bohl de Faber encuentra muchas veces elementos de inspiración Fernán-Caballero. En *Clemencia*, pongo por caso, cuenta cómo la protagonista se casa y muy de súbito con el joven capitán D. Fernando de Guevara, que había de hacerla sumamente desgraciada, alusión

bien clara al Sr. Planell y Bardaxi, capitán de infantería, que se enamoró de ella en la Alameda de Apodaca en Cádiz, y que la hizo sumamente infeliz con las rarezas de su desigual carácter. Pero más tarde se enamora de ella el Marqués de Arco Hermoso, oficial de Guardias Españolas, se casan y en aquel segundo matrimonio encuentra la marquesa cumplida felicidad: ni más ni menos que Clemencia en su matrimonio con Pablo. Después de sus segundas nupcias comenzó Cecilia á escribir la novela *Clemencia* con alternativa estancia en las Dos Hermanas, cortijo no distante de Sevilla, y en esta ciudad, pudiendo conocer así la sociedad rural al mismo tiempo que la aristocrática, que se reunía en sus salones y que ha pintado en los días de la restauración de Fernando VII en *Elia ó la España treinta años há*.

Es de ver lo movido y animado que resulta cuadro tan hermoso como la entrada de Fernando VII en Sevilla; lucen los balcones, no tanto adornados por las colgaduras de alegres y vistosos colores, como por los encantos y gracias de las mujeres andaluzas, que se presentan ricamente prendidas. Engalanadas las gentes, con rostros radiantes de alegría se hablan, se abrazan por las calles sin conocerse; con creciente barullo se agolpan en la carrera de la procesión, antes «anunciada por músicas, á su paso, cubierta con una lluvia de flores.»

De los bellos campos de Andalucía y de las pintorescas escenas campestres, ha dejado Fernán-Caballero notables descripciones, en muchos de sus libros, y todo lo que se refiere á esas escenas es lo mejor de *Clemencia*, novela que publicó el *Museo de las familias* y que es de las más celebradas de Fernán, aunque no de las mejores. Para dar fundamento á este desfavorable juicio, basta hacer notar la inferioridad del tipo de Clemencia, observación muy razonable y justa que ya hizo Carlos

Mazade en su citado estudio. Las figuras de más mérito en esta novela son, D. Martín Ladrón de Guevara la Tía Brígida y la Tía Latrana, pobretona pedigüeña vieja y desharrapada. Y observen de paso los enamorados de la pulcritud, en qué género de cosas se cifra á veces la belleza.

Tampoco en Elia me parece el mejor el tipo de la sensible y tierna protagonista: tengo por mucho mejores tipos el del suelto, desenfadado y travieso Carlos, novio simpático, si los hay, muy digno de inspirar la predilección de Elia; el del manso y pacífico D. Benigno, el de la rigurosa Marquesa de Val de Jara, y sobre todo, el de la asistenta, señora chapada á la antigua, de graves costumbres y severa taza, digna por lo moral de la pintura de Fernán-Caballero y merecedora por lo físico de un retrato de Goya.

Por lo que hace á ideas y sentimientos no queda duda á ningún lector de cuales son los que animan á Fernán-Caballero. Si todo crítico agudo y sagaz que sepa leer entre renglones, adivina las ideas, sentimientos y manera de ser de un escritor, esta tarea hácese facilísima para el lector menos avisado, cuando se trata de escritor tan sincero, espontáneo y personal como Fernán-Caballero.

Según cumplidamente demuestra la novela que os acabo de citar, *Elia*, Fernán estaba enamorada, perdidamente enamorada, de las ideas políticas del pasado, y en cambio llegaba á extremo tal su hostilidad á las ideas modernas, que hubo de descender á la polémica periodística, escribiendo en *El Padre Cobos* aquel artículo, después varias veces remedado, que titula «Un Congreso infantil.»

Con todo, la bondad de su alma hacía que á los odios políticos se sobrepusiesen las tendencias caritativas y humanitarias. Prueba estas, su conducta cuando dió asilo y sacó á salvo un liberal en las persecuciones del

23, episodio que dió origen á la narración que titula «Un servilón y un liberalito.» Pero lo que principalmente se descubre en sus obras, sobre todo en las últimas, es el sentimiento religioso, más que ningún otro, arraigado en su alma. Es consecuencia de esto que no guarde la pasividad propia del novelista, y que, al contrario, intervenga directamente en la acción, sermoneando con frecuencia excesiva. Esto han censurado á una el ilustre crítico Menéndez Pelayo y el discreto novelista Palacio Valdés, bien que ambos convengan en que ya puesta á predicar, más vale lo haga en cristiano y moralizador sentido.

No es la suya esa fé misteriosa en alas de la cual se remonta el alma á lo alto, ó que hace por contrario modo volverse el alma sobre sí misma, registrando sus más ocultos pliegues y descubriendo culpas para después limpiarse de ellas; ni ejercita su discurso en abstracciones de religiosa metafísica, tomando por modelos á los escritores místicos, tan dados á escudriñar los arcanos del espíritu y tan pródigos en disquisiciones y sutilezas; la fé de la escritora andaluza es completamente vulgar: aparece en sus libros desnuda de todo aparato filosófico: es la fé de la mujer de pueblo, que cree á macha martillo, pero que no razona su creencia. El padre de Cecilia se convirtió del protestantismo á la religión católica: dijérase que la hija heredó del convertido padre la intransigencia y el celo del neófito. No faltaron quienes censurasen en Fernán la intransigencia religiosa: hicieron mal: Fernán es así, y así está en caracter: tal como es hay que respetarla y aplaudirla. Esa condición,—de que no puede despojársela sin mutilar su personalidad,—podrá llevarla á los sermoneos insistentes que antes tachaba, pero al mismo tiempo dá en sus libros una nota de sinceridad, completamente propia de su espíritu de española neta y rancia. Sin esa fé, carecería su alma de fuego,

serían frías sus obras: no se transmitiría al lector por inevitable contagio que produce la verdad artística, la emoción profunda que sintió su autora al crearlas. Lo malo estuvo en la exageración del fervor, no en el fervor mismo: llegó éste á punto de que acariciara la idea de hacerse monja carmelita. Con todo esto, su espíritu antes creyente, pero con entereza, perdió esa serenidad y reposo, ese dominio de uno mismo, que es tan necesaria para las concepciones artísticas. Se me dirá que con esas turbaciones del espíritu que implican perfección cristiana, iba ella ganando, lo doy por supuesto; pero lo que á mí me toca afirmar es que sus novelas salían perdiendo. En efecto, aquella situación de ánimo podría ser la más á propósito para escribir libros ascéticos que moviesen á piedad—y esto de la manera sencilla que la era natural sin disquisiciones místicas ni sutilezas teológicas,—pero era el menos propio para penetrarse de la realidad, comprenderla, sentirla y darla, en fin, forma de novela. Encogió y asustó el ánimo de Fernán, según expresión de ella misma, la revolución de Setiembre: por natural reacción se aumentó se apego á las ideas políticas antiguas, se hizo más decidada defensora de la tradición; fijándose en ciertas contingencias propias de periodos revolucionarios, creyó incompatibles sus creencias en religión y las nuevas formas de gobierno.

Puestas á la venta las casas del Alcázar en que la proporcionó hospedaje la real munificencia, tuvo que buscar nuevo albergue. Y en él vivió hasta 7 de Abril de 1877, entreverando con el cultivo de las letras las prácticas de caridad. D. Fernando De Gabriel y Rufz de Apodaca nos la pinta modestamente «sentada delante de una mesa haciendo media para los pobres, mientras leía en un libro colocado en un atril;» y añade que «todo el que iba á visitarla desde que había penetrado en su casa admiraba el orden y la limpieza andaluza que solo recono-

ce rival en la holandesa.» Las flores, indispensable adorno en todo hogar andaluz, eran el único lujo de la que había sido un tiempo rica marquesa de Arco-Hermoso.

Su espíritu de templanza y modestia fué el mismo en la abundancia que en la privación: ya que no la riqueza, ni la posición ni la hermosura, pudo cegarla la gloria, cuando vió sus obras traducidas y celebradas en variedad de idiomas, cuando ignorando su sexo acordó el gobierno Belga condecorarla con la cruz de caballero de la orden de Leopoldo—cosa que tuvo el desacierto de evitar el general Van-Halem,—cuando una vez los infantes duques de Montpensier, otra el ministro de la Gobernación D. Cándido Nocedal, quisieron costear edición completa de sus obras, correspondiendo así con pública muestra de aprecio, á la gran popularidad que tenía la simpática narradora. Es notable como su espíritu, sin que se despertasen ambiciones y orgullos, resistió sereno todos los halagos: habían, en cambio, de turbarla y confundirla las desgracias de su familia, la infausta muerte de sus tres maridos, y el verse reducida á pobreza. A todas estas causas hay que achacar la decadencia que revelan sus últimas obras, que no sé si alcanzará á la que dejó inédita en poder de su sobrino el Sr. Marqués del Saltillo. El cual, ya podía, menos avaro de las bellezas que tendrá de seguro, publicarla para complacencia y regalo de cuantos somos devotos de la escritora andaluza. Si no mienten mis informes, *El Mirlo Blanco*, protagonista de la obra y que le dá título, es un revolucionario honrado y bueno, que solo por caso excepcional y raro comprende Fernán-Caballero que se den en un revolucionario prendas de bondad y honradez.

Confío en que como buen sobrino el marqués de Saltillo, habrá de publicar muy pronto ese libro, rindiendo así un testimonio de respeto mejor y más útil que ningún otro á su ínclita parienta. No hará después de todo

sino imitar el buen ejemplo del Sr. De Gabriel Ruíz de Apodaca, que ha dado á luz la novela *Magdalena*, encabezándola con un estudio biográfico de Fernán-Caballero, que después tomó por ayuda para su ya citado trabajo el conde Bauneau Avenant.

El amor que profesa Fernán á la Naturaleza la hace incurrir con frecuencia en un optimismo candoroso; y este y el sentimentalismo vago, son defectos que empañan el valor de sus obras.

Hay que achacar ambos defectos á su origen alemán. Ni era ésta la única aleación extranjera, que su madre, aunque española, era hija de irlandesa y fué educada en Inglaterra donde se fomentaron sus aficiones literarias. También tuvo estas Bohl, que se dedicó al estudio de nuestra literatura y dió á luz en Hamburgo la *Floresta de Rimas antiguas castellanas* y el *Teatro Español anterior á Lope de Vega*. Ya venía, pues de casta á Cecilia la inclinación á lo español y á lo literario. Cecilia nació en Suiza —en Morges cantón de Berna— pero su madre salió de España embarazada, cosa en que ella insistía mucho en su empeño de que nadie la tuviese por extranjera. Ya con esto daba prueba clara del españolismo de su corazón. A los nueve años estuvo en Alemania que la impresionó fuertemente. Entonces quizás cobró afición á ese sentimentalismo vago, que se descubre en sus obras y que no es propio de nuestra raza. La manera que tenía Fernán de sentir la naturaleza se diferencia mucho de la manera de sentir de nuestro pueblo, muy apegado también, por lo demás, al amor al terruño.

Es parte á que las novelas de Fernán no agraden hoy tanto como indudablemente merecen, su pronunciado optimismo: no encaja este dentro de las aficiones del público actual, que principalmente se ha dejado influir por las tendencias pesimistas, cada vez más en auge.

No solo en la soñadora imaginación de Fernán Caballero se notaba su origen alemán; también se revela su origen en los rasgos del rostro que era de suave rubicundez templada por la oscuridad de las cejas. Los ojos claros, azules, de dulces y vagas miradas, reflejan los sentimentalismos de aquella alma que no halló su dicha en este mundo. He podido por mi mismo apreciar la belleza de Cecilia Bohl de Faber en el retrato al óleo regalo de ella misma, que posee mi distinguido é ilustrado amigo el Sr. D. Fernando de Gabriel y Ruíz de Apodaca. El cual, por cierto, con sus interesantes y fidedignas referencias ha contribuido muy principalmente á que conociese á la mujer sencilla, honrada, modesta, que fué por añadidura escritora de talentos tan singulares.

No es extraño, ni muchísimo menos, que Fernán no dominase el arte de la composición y que sus obras sean por consecuencia desiguales y abunden con exceso en digresiones; que no son por caso general perfectos los autores que inician un movimiento literario. A la perfección, mediante reformas y transformaciones, se llega de manera lenta y paulatina, por la cooperación de muchos. Mayores son el mérito y gloria de los escritores que inician un movimiento literario, que la de quienes secundándolos, van á la zaga por la ya trillada senda, si quiera dejen estos bien corregido y acabado lo que aquellos solo pudieron comenzar. A estas consideraciones hay que atenerse principalmente al juzgar las obras de la noveladora andaluza. Dado lo dicho no se habrá de extrañar que á lectores frívolos que tanto abundan, parezcan algo pesadas esas producciones, que no tienen aquel equilibrio, aquella armonía entre sus varias partes, que es principal adorno de la obra artística.

Para resumir diré que por lo que hace al fondo, carecen sus novelas de nervio, de consistencia y virilidad; son al cabo, creación de un talento femenino; y por lo

que á la forma se refiere, fáltales corrección y atildamiento. Justicia é imparcialidad después de esto, me obligan á añadir los méritos de Fernán-Caballero, cosa que hago gustosísimo y no sin tener que dominarme para no caer en la ciega y extrema alabanza propia del panegirista, porque pertenece Fernán al número de mis autores favoritos, que no en vano su lectura fué causa de que, abandonando prevenciones, que me enseñaron, cobrase afición y cariño al género en que Fernán logró triunfos de tan gran resonancia. Cuéntase como principal entre los méritos de Fernán-Caballero, el que antes que ningunas otras en la España moderna hayan tenido sus novelas sentido popular. Y ofrece rara coincidencia, que precisamente hiciese esto alejándose de los lugares comunes de la imitación, una mujer de origen extranjero y no nacida en España.

Dotó el cielo á Fernán de corazón sensible é imaginación despierta; veía claro y pintaba bien: sentía y hacía sentir. Hay así en sus libros interés y vida, animación y movimiento; en sus figuras relieve, en las descripciones color, verdad y belleza en los argumentos. Harto merecidos tiene elogios y alabanzas quien tanto bueno hizo, y bien quisiera dar á mis palabras de encomio, autoridad, que solo podrán recibir de vosotros, si prestais vuestro asentimiento y vuestra aprobación á mis ideas.

